



LA HUELGA MAS TRISTE — Escultura de ENRIQUE URAO.
Mención honorífica en la última Exposición general de Bellas Artes.

El desconocido volvió la cara, tras violenta sacudida de sus músculos.
—¡Quién, quién!...

Me pareció que palpaba los bolsillos; quizás sintió temor y buscó un arma. Los hombres son más temibles que las penas, porque matan de pronto. Y el instinto rechaza la muerte aunque el dolor haga la vida despreciable.

Al ver mi catadura pareció tranquilizarse.
—¡Qué!— dijo con aire reposado.
—¿Sois marinero?
—Aquí todos lo somos...
—Tenéis aspecto de ser un bravo...
—Nunca he tenido miedo...
—¿No naufragásteis alguna vez?
—Muchas...
—¿Acaso esta barca fué vuestra?
—Esta barca!... Mía fué... mía fué...
—¿Por qué está aquí, tan sola y tan vieja?
—¡Sola y vieja la barca! ¡Solo y viejo yo! ¡Qué os importa de estas cosas!...

Y sin oírme más, emprendió su ruta, junto á las olas, por la arena bordeada de espumas; y lo vi perderse en la lejanía gris, como fantasma de pesadilla...

El huracán bramaba con fiereza. El mar encabritaba las olas, que sacudían su melena de nieve salpicando el caserío pescador. Las mujeres encendían cera á sus devociones; los hombres callaban; en su silencio había más terror que en los lamentos y congojas.

En torno de los aparejos se acurrucaban grandes y chicos. Los labios del más viejo murmuraban, entre temblequeo de pena, la misma relación.

Fué una noche como aquélla; así de obscura y así de horrible; el huracán bramaba también; las olas sacudían su melena de nieve salpicando el caserío pescador. Fué la noche en que se tragó el mar para siempre á la hija de Vicentón.

¿Quién era Vicentón? Un hombre de bien, cabal para el trabajo y cabal para las personas. No tenía otra prole que Mariuja, el orgullo de su vida; el orgullo de la playa; sus ojos parecían, de tan negros, un abismo; en él cayó, muerto de amores, un joven piloto.

Mariuja y el marino se contaron muchas veces sus ternuras al borde de las aguas; las aguas tuvieron envidia. Y una tormenta le quitó á Mariuja el novio.

¡Pobre niña, viuda de amores! Se le trastornó la cabeza. Y fué aquella noche, así de obscura y así de horrible, la en que Mariuja corrió á la barca de su padre, soltó la amarra y se lanzó, á fuerza de remo, entre las crestas de las olas. El mar, compasivo, se la tragó también. ¡Quién sabe si Mariuja y el piloto tendrán allá dentro, donde cuentan que hay la corte del dios de los océanos, un palacio de corales!...

Al otro día, el mar escupió la barca de Vicentón. Y allí, en la ensenada, duerme su pena, panza arriba, sin que nadie la toque, porque es sagrada, porque en ella tienen dos almas un sepulcro.

Por eso Vicentón va á contemplarla muchas tardes y reza devotamente como ante un altar...

Todos conocen la vieja historia. A los ancianos les cuesta lágrimas; á los jóvenes suspiros. El viento la trae en sus quejas y las olas en sus ecos...

ANGEL ALCALDE

REALIDAD

El martes de Carnaval tocaba á su término. Acababan de dar las once en el reloj de la Universidad, cuando salí de casa de mi novia, tan enamorado como siempre y más que nunca desesperado, no sabiendo cómo contrarrestar las severas órdenes del Ministro de la Guerra, que obligan á los pobres subalternos á destrozarse su corazón, haciendo de él un objeto de compra y venta.

No basta que ante la severa disciplina depongamos nuestra voluntad y libre albedrío; es preciso que en aras de ella sacrifiquemos nuestras más risueñas ilusiones y nuestras más gratas esperanzas. Y á cambio de tanto sacrificio ¿qué conseguiremos? Un relevo, un cambio de uniforme y esperar la venida del Mesías para conseguir un ascenso.

Pálido y demudado, por la desaparición de mis esperanzas, y resentido físicamente del frío aire que sin cesar soplabla, ofrecía un aspecto desconsolador.

Sin darme cuenta, me encontré frente al Liceo.

La curiosidad me hizo penetrar bajo sus pórticos. Allí cesaba el frío; gozábame de una atmósfera templada por el calor de los encendidos mecheros y embalsamada por el perfumado aroma que las máscaras á su paso dejaban.

Continuamente veía mujeres que con bulliciosos ademanes saltaban del coche y con rapidez dirigíanse al salón del baile.

De pronto, una magnífica carretela, tirada por dos briosos alazanes, se detiene, salta de ella el lacayo y, descubriéndose respetuosamente, abre la portezuela. Del carruaje desciende una joven, cubierto el rostro por un antifaz y envuelto su esbelto talle en un manto de Manila. Sin parar la atención en los saludos que la dirigían, ni en los piropos que la echaban, siguió silenciosa é impasible su marcha... Pero al llegar al sitio en que yo me hallaba, se detuvo. Un estremecimiento sacudió su cuerpo y, fijando en mí su mirada, me dijo con tembloroso acento: «Ven.» Y, cogiéndose de mi brazo, me condujo al coche de donde había bajado, haciéndome sentar á su lado sobre el mullido asiento.

Mi desconocida, dirigiéndose al cochero, dijo: «A casa.» Subió el lacayo, fustigó el cochero los caballos, que emprendieron rápida carrera, arrastrando el coche, y en él á la misteriosa máscara y á mí, que me había quedado perplejo y confuso.

Aún no había vuelto de mi asombro, cuando paró el carruaje.

Abierta la portezuela por el lacayo, que con el sombrero en la mano se mantenía en actitud respetuosa, bajó la máscara y me arrastró tras ella.

La entrada de la casa era magnífica; la escalinata de mármol, que conducía al interior, estaba adornada é iluminada por varias lámparas

de gas. Subimos. Yo no creo haber visto en mi vida cosa mejor; columnas, estatuas, jarrones, pinturas y una porción más de joyas artísticas véanse por doquier.

Pasamos rápidamente por varias salas, hasta que por fin llegamos á un reducido gabinete, adornado con extraordinario lujo.

Frente á una magnífica luna de Venecia estaba colocado un sofá, en el cual nos sentamos.

¡Qué término tendría mi singular aventura!

Quedéme contemplando á mi desconocida, sin pronunciar una palabra.

—¿En qué acabará todo esto? —decía entre mí.

Después de un corto silencio, me preguntó:

—¿Te halaga esta riqueza?

—Sí; porque con ella lograría lo que ansío.

—¿Y qué es ello? —añadió sonriendo.

—Poder llamar mi esposa á la mujer que adoro.

—¿Y qué te lo impide?

—El no poseer, ni ella ni yo, cuatro mil duros y el estar muy lejos de la estrella de capitán.

—¿Y si te dijera que todas estas riquezas pertenecen á tu prometida: ¿qué dirías?

—No sé: debo estar loco, creo comprender y no quisiera engañarme; ¡ah! ¿por qué no te descubres el rostro? ¿por qué no permites que contemple tu semblante?

—Si tanto lo deseas, quitame tú mismo el antifaz.

Con sumo cuidado lo hice, rozando apenas su delicado rostro.

Un grito de suprema alegría brotó de mi pecho.

—¡Adela, Adela mía! —exclamé.

Jamás la había visto tan bella; nunca me había parecido tan hermosa.

La contemplé extasiado un breve instante, hasta que, por fin, no pudiendo contenerme, cogí su cabecita y, acercándola á mis labios, imprimí un beso en su frente, tan puro, como puro era el amor que por ella sentía.

Porque yo amaba á Adela con locura, y mi amor, á pesar de los pesares, aumentaba más cada día.

Ella, lejos de enfadarse, me dirigió una mirada encantadora; una sonrisa brotó de sus labios y, acercándolos á mi oído, pronunció con sin igual ternura esta palabra:

«¡Guillermo!»

Despierto... y veo que mi nombre había sido, en efecto, pronunciado, pero nó por ella, sino por mi madre, que me llamaba con su solicitud de siempre, porque tenía que entrar de guardia.

Todo había sido un sueño: sueños sólo son los amores juveniles.

Sólo el amor de mi madre era realidad.

ANA MARÍA MORENO

PÁLIDA, RUBIA Y TRISTE

Eres pálida y rubia... Tus cabellos, cuando la luz del día juega en ellos, tienen del limpio sol los aureos visos; y el viento que suspira entre las flores te habla de mi tristeza y mis amores cuando resbala por tus blondos rizos.

Eres pálida y triste... Flor de estío es tu boca en botón, dulce amor mío, entreabierto capullo perfumado; de tu boca en el virgen embeleso se esconde esquivo el delicioso beso que en mis locos insomnios he soñado.

Eres pálida y bella... Pudibunda mezcla de gracia y gravedad circunda tu frente juvenil, noble y tranquila. Tu frente tiene nimbos de querube cuando fugaz á iluminarla sube la claridad azul de tu pupila.

Pálida, rubia y triste... Casta Ofelia, deshojando una mística camelia, en mi sombrío erial te apareciste; yo te seguí en silencio á la distancia, y amé tu juventud y tu fragancia, porque eres buena, soñadora y triste!

A. MAURET CAAMAÑO

Valparaíso (Chile).

LA PRIMERA CANA

Percíbola en mi sien con la tristeza con que se ve una fe desvanecida; entre los negros hilos confundida, parece una amenaza en mi cabeza.

Ella viene á decirme, con certeza que el alma que temprano ha sido herida no sabe dónde acaba en esta vida el dolor, ni la dicha dónde empieza.

Ella se posa en mi dolor sombrío como la enviada triste de un pasado, diciendo, convencida, que es el mío, ¡que no tuve niñez!... que no he gozado!

Ella trepó sobre mi sien con brío, porque mi juventud ha naufragado.

DIWALDO SALOM

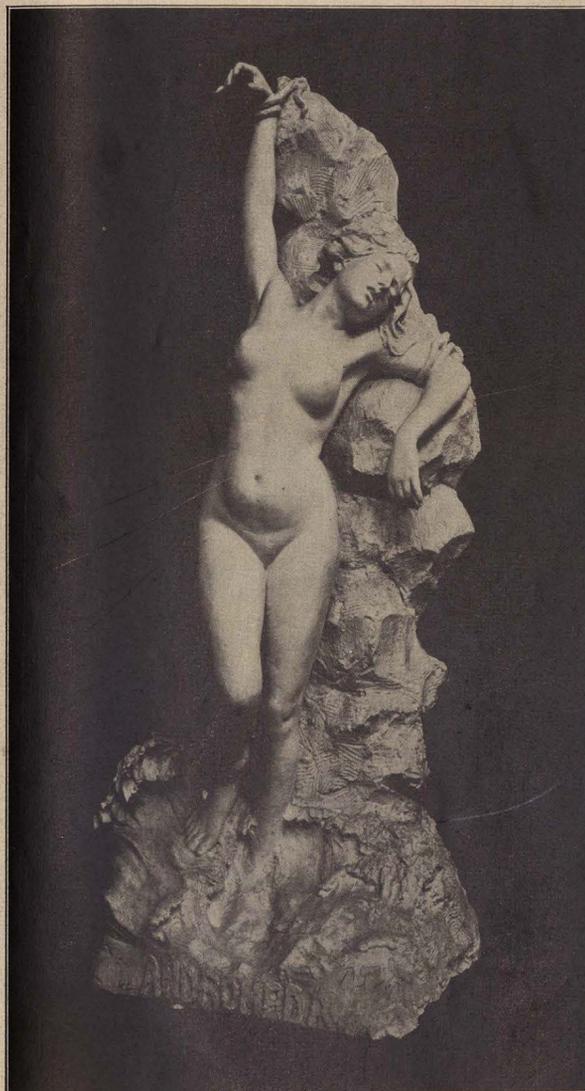
EL NIDO

Mi corazón fué un nido, donde un ave — la esperanza — trinaba sus canciones; donde nacieron á su arrullo suave las hijas de su amor: ¡las ilusiones!

Dejó ya el ave para siempre el nido y sus hijas también, para mi daño; hoy, en mi corazón envejecido una serpiente anida: ¡el desengaño!

José CIBILS

Rosario de Santa Fe.



ANDROMEDA CAUTIVA—Escultura de ANTONIO GARCÍA GUTIÉRREZ.
Mención honorífica en la última Exposición general de Bellas Artes.

R. CUARTIELLES



UN BOULEVARD DE PARIS

Exposición Menjo.



Cuadro de FRANCISCO PRADILLA.

Museo Municipal. — Donativo del primer Marqués de Alella